

Presentación de mi libro

Enigmas Filosóficos y Filosofía Wittgensteiniana

1) Los lógicos nos han enseñado a partir en nuestros razonamientos de perogrulladas por lo que, siguiendo sus consejos, eso es precisamente lo que haré. Empezaré, pues, por decir que, como todas las tradiciones, la filosófica está constituida por toda una multitud de trabajos de muy diverso alcance e importancia, y de ciertas obras que descuellan porque además de contener ideas originales y argumentos poderosos marcan rumbos, establecen límites, fijan nuevos ideales y objetivos. Es gracias a contribuciones como estas últimas que la tradición filosófica se fortalece y enriquece. Difícilmente podría negarse, me parece, que son obras de estas magnitudes *La República* y *Las Leyes* de Platón, la *Metafísica* y la *Ética Nicomaquea* de Aristóteles, las *Confesiones* de San Agustín, la *Summa Theologica* de Santo Tomás, las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes, la *Crítica de la Razón Pura* de Kant, *Los Principios de las Matemáticas* de Russell y *El Ser y el Tiempo* de Heidegger, por no citar más que algunas de las más prominentes. Estoy seguro, además, de que con base en obras tan magníficas y tan decisivas como las mencionadas se podría escribir una historia de la rama de la filosofía sobre la cual versan. Por ejemplo, con las *Meditaciones Metafísicas* como hilo conductor ciertamente se podría escribir una historia de la teoría del conocimiento o de la filosofía de la mente; con base en *Los Principios de las Matemáticas* se podría reconstruir la historia de la filosofía de las matemáticas y de la lógica; con la *Ética Nicomaquea* en mano se podría elaborar una historia de la ética. Nada de ello me parece imposible o descabellado. Lo que en cambio ya no me parecería ni realista ni convincente sería la aseveración de que dichas obras, a pesar de lo espléndidas que son, permitirían cada una de ellas escribir una historia de la filosofía *in toto*. Sería realmente muy extravagante sostener que, por ejemplo, con *El Ser y el Tiempo* como texto base se podría escribir la historia de, digamos, la filosofía de la religión, o que con *La República* como eje se podría escribir la historia de la filosofía del lenguaje. Ninguna de esas maravillosas obras es tan omniabarcadora o tan potente. Ahora bien, esto precisamente que con obras tan importantes como las mencionadas ni con la mejor voluntad del mundo podría lograrse es algo que las *Investigaciones Filosóficas*, esto es, la obra maestra de aquel gran pensador y excepcional individuo que fue Ludwig Wittgenstein, sí permiten. Aunque desde luego incompleta como demostración (puesto que en él no me ocupó de ética, de estética, de filosofía de la religión o de filosofía de la historia), y tal vez hasta lleno de imperfecciones, de todos modos me atrevo a sostener que el libro que hoy presentamos es una prueba aceptable o parcial de ello. Pero, por otra parte, eso no debería sorprendernos porque, y esto es muy importante entenderlo, el que así sea no es el resultado de un feliz azar, de una bienaventurada casualidad, sino que responde a un proyecto filosófico particular, a una concepción especial, original y novedosa de la filosofía.

Creo que esto amerita una cierta aclaración.

2) Puede afirmarse que, en general, los ingenieros, los abogados, los astrónomos, los odontólogos, los agrónomos, etc., no tienen mayores problemas con la caracterización de sus respectivas disciplinas y objetos de estudio. En cambio los filósofos, lo cual alojo superficial inevitablemente resultará sorprendente, no acaban nunca de ponerse de acuerdo respecto a los objetivos y métodos de su propia disciplina. La cuestión, naturalmente, no tiene que ver con la calidad intelectual de los practicantes de la filosofía, sino que tiene que ver más bien con la naturaleza misma de esta última. A diferencia de lo que pasa con, digamos, la medicina, la economía, la biología o la historia, en filosofía no asistimos al fácil fenómeno de acumulación sistemática y más o menos ordenada de datos y de resultados y, por ende, a un avance lineal nítido. En verdad, pocas cosas son tan absurdas como pensar que el progreso en filosofía se mide como en ciencia. Al asimilar la filosofía a las disciplinas científicas automáticamente se borra la crucial diferencia que hay entre ellas e *ipso Jacto* se incapacita uno para aprehender el peculiar carácter de la reflexión y la discusión filosóficas. Podemos ilustrar las diferencias de diverso modo. Es cierto por ejemplo que al igual que en ciencia la filosofía tradicional tiene una marca histórica, en el sentido de que la gestación de una corriente o de una escuela tiene un contexto espacio-temporal concreto y relativamente fácil de delimitar. Sin embargo, es evidente también que posiciones filosóficas del pasado ya rebasadas históricamente pueden en cualquier momento renacer, aunque sea con un nuevo ropaje, es decir, en una nueva terminología. Algo semejante es impensable en las ciencias. La filosofía de la mente de Aristóteles, por ejemplo, puede constituir una refutación de la de Platón, pero la de un platonista agudo de nuestros días puede ser superior a la de Aristóteles. El progreso en filosofía, por lo tanto, si es que lo hay, no es lineal o ascendente. Quizá haya un sentido en el que los temas filosóficos que se discuten hoy no sean exactamente los mismos que se discutieron hace, digamos, 20 siglos, pero es un hecho que aquellas mismas posiciones y tesis filosóficas pueden, a la manera del Ave Fénix, resurgir de sus propias cenizas y volver a constituirse en vanguardia filosófica. Hay, me parece, un sentido en el que las tesis filosóficas serias nunca mueren del todo. Es difícil determinar si al discutir hoy en día temas de metafísica o de ética podemos defender posiciones platónicas del mismo modo como Platón lo habría hecho, puesto que ni su lenguaje ni sus presuposiciones ni sus inquietudes eran exactamente lo que son las nuestras, pero es razonable suponer que si el Maestro apareciera de pronto entre nosotros no tendría mayores problemas en sumarse al debate contemporáneo. Así, pues, si tiene sentido hablar de progreso en filosofía lo tiene sobre todo para indicar que sus eternos temas se renovaron, que posiciones una vez esbozadas se perfeccionaron, que los argumentos se afilaron. Es así como se conectan los filósofos del pasado con los del presente y es así como se construye la tradición filosófica.

Ahora bien, sostengo que a diferencia de lo que pasa con los miembros de esa

gran tradición que es la filosofía occidental, hay un sentido importante en el que Ludwig Wittgenstein no pertenece a ella, sino que con él más bien se inicia algo muy semejante a lo que hasta ahora se ha venido produciendo y, no obstante, algo radicalmente nuevo. Si alguna verdad contiene mi libro es esa. Expresándome un tanto paradójicamente, sostengo que a diferencia de la clase de oposición que une a Platón con Quine, a Descartes con Kant o a Spinoza con Mill, a lo que Wittgenstein se opone no es a tal o cual escuela, a tal o cual corriente filosófica, a tal o cual pensador, sino a la totalidad conformada por todos ellos. El adversario de Wittgenstein es ni más ni menos que la filosofía clásica, la filosofía occidental en su conjunto. Esto es lo que trate de ejemplificar, a través de exposiciones y discusiones de temas concretos, en el libro que hoy presentamos. Y para reforzar lo dicho quisiera decir unas cuantas palabras.

3) Ni mucho menos forma parte de mis objetivos hundirme en este momento en una detallada discusión en relación con ningún tópico filosófico particular. Me propongo simplemente ilustrar lo que dije anteriormente enumerando una serie de temas filosóficos clásicos que, a partir de la a la vez destructiva y saludable labor de Wittgenstein, no parece ya tener el menor sentido considerar como problemas por resolver, por lo menos en sus formulaciones y planteamientos usuales. Creo, pues que podemos apuntar, siendo en ello parcos, a por lo menos los siguientes temas:

- a) el problema de los universales
- b) el enigma del “yo”
- c) el problema “mente/cuerpo”
- d) el problema del escepticismo y los fundamentos del conocimiento
 - e) el asunto de la existencia de Dios
- f) el tema general del significado
- g) el enredo de la privacidad de la experiencia
- h) el problema de la naturaleza de la verdad lógica y matemática
- i) la cuestión de las explicaciones estéticas

En verdad, creo que podríamos añadir muchos otros tópicos, pero con esta breve lista basta. Si en verdad estoy en lo correcto, es ella más elocuente y contundente que una argumentación elaborada. En mi libro considero algunos otros temas con los que podríamos enriquecerla, pero no creo que ello sea aquí y ahora indispensable. Lo interesante de la lista es que se compone de resultados que sólo alguien sumamente obstinado o dogmático pretendería poner en tela de juicio. La verdad es que hay algo así como un reconocimiento universal tácito y silencioso de que las aclaraciones wittgensteinianas en relación con los temas mencionados son definitivas. Curiosamente, sin embargo, en lugar de que las victorias wittgensteinianas de pensamiento sean recibidas con júbilo para lo único para lo que han servido ha sido para gestar una situación paradójica en grado sumo. Para comprenderla cabalmente se requiere tener presente tres verdades:

- a) Wittgenstein *de facto* no ha sido refutado
- b) su modo de hacer filosofía y sus resultados son un atentado en contra de la filosofía convencional y
- c) el *show-business* de la filosofía, como el de cualquier otra institución, tiene que seguir,

El resultado es simplemente que el pensamiento de Wittgenstein ha quedado como embalsamado: a la manera de momia de mausoleo, Wittgenstein es reverenciado y al mismo tiempo ignorado. Cuando en las disquisiciones filosóficas usuales uno se topa con él, como inevitablemente tiene que pasar, entonces se le cita quizá y luego sistemáticamente se le evita. La casi totalidad de las discusiones contemporáneas, las publicaciones, los eventos académicos, etc., se llevan a cabo como si Wittgenstein no hubiera existido. Y allí está él, invisiblemente omnipresente, como una especie de punto de referencia, de señal de tránsito, o mejor aún, como el cadáver disecado de Jeremy Bentham: en una vitrina filosófica. Wittgenstein es quizá el filósofo más respetado y al mismo tiempo el más ignorado de todos. En verdad, si hay algo muerto, algo que muy probablemente en vano nos esforzamos por resucitar, es el wittgensteinianismo. Este fúnebre dato, sin embargo, no es ni gratuito ni inexplicable. Es más: es perfectamente comprensible.

En todo caso, fue para sublevarme en contra de esta poderosa tendencia cultural que escribí el libro que hoy presentamos. Mi trabajo no tiene mayores pretensiones de originalidad. Reivindico para él tan sólo entrega, convicción, perseverancia. Estoy perfectamente consciente de que el mérito que pueda tener procede en realidad no de mí, sino de aquello que fue mi objeto de estudio, esto es, el libro de filosofía que a mí más me ha dado desde que me inicié en ella hace ya una treintena de años: las *Investigaciones Filosóficas*, libro perdido para el hispanohablante por lo execrable de la traducción. Me regocijo por haberlo descubierto tarde, porque su madurez y su profundidad me habrían resultado totalmente inasequibles en otro momento. Se trata de un libro que es simultáneamente destructivo como una bomba atómica y constructivo como una familia de hormigas o una compañía de ingenieros. Si mi trabajo logra interesar seriamente a alguien en la obra de Wittgenstein consideraré que habrá cumplido su misión.

4) En el *Tractatus*, Wittgenstein dijo: *La filosofía no es una de las ciencias naturales (...). El objetivo de la filosofía es la aclaración lógica del pensamiento. La filosofía no es una doctrina, sino más bien una actividad. Una obra de filosofía se compone esencialmente de elucidaciones. El resultado de la filosofía no son 'proposiciones filosóficas', sino el esclarecimiento de la filosofía.*

Con diversos matices, esto enuncia la posición permanente de Wittgenstein de crítica y rechazo de la filosofía convencional, de la teorización filosófica y de las delirantes pretensiones filosóficas de conocimiento. El reto es: hay que acabar con

ella de una vez por todas. Menudo desafío! La idea no es que talo cual cuestión es ininteligible, talo cual tesis absurda, talo cual planteamiento un sin sentido, sino: todos ellos son el resultado de incomprendiones. Desde esta nueva perspectiva la filosofía convencional no se compone sino de pseudo-problemas. A éstos hay que destruirlos o, mejor dicho, disolverlos. Esta es la faceta negativa de la obra de Wittgenstein.

Hay, no obstante, otra, esto es, la positiva. ¿En qué consiste? La labor positiva del filosofar wittgensteiniano brota de su duelo con las tesis filosóficas. Frente a ellas lo que se oponen son descripciones. ¿Descripciones de qué? De los usos de los signos, de las aplicaciones de las palabras. “Dime cómo aplicas las palabras y te diré qué significa lo que dijiste”. Un slogan así recoge bien la idea general del proyecto wittgensteiniano. Los signos, claro está, pueden ser palabras del lenguaje natural, signos matemáticos, notaciones musicales, afirmaciones teóricas, etc. La idea es describir el uso y la utilidad del lenguaje, para ello el contexto, recurriendo a un sinnúmero de estrategias, empleando un reducido y novedoso aparato conceptual, y evitar así la gestación de las típicas monstruosidades filosóficas, almas descamadas, números vivientes, variedad de estratos ontológicos, proliferación de capacidades cognitivas, seres maravillosos, etc., etc. Todo eso se derrumba. ¿Debería dolernos semejante destrucción? Como dice Wittgenstein, lo único que estamos destruyendo son “castillos de naipes” y “estériles quimeras”.

En una reseña publicada recientemente presenté lo que quizá podríamos caracterizar como el dilema actual para cualquier practicante de la filosofía. Según Karl Popper, en filosofía hay problemas y la función de los filósofos es resolverlos por medio de hipótesis muy generales, sujetas todas ellas en principio a contrastación. De acuerdo con Wittgenstein, en filosofía no hay más que pseudo-problemas, enredos o nudos conceptuales de los cuales hay que liberarnos. Así, pues, parecería que no hay alternativa: se es popperiano o se es wittgensteiniano. Quisiera pensar que el libro que hoy presentamos no permite la menor duda respecto a lo que es mi elección filosófica.